



Arturo Reyes

Desencanto

PERSONAJES

EL TÍO ZANCAJITO, el zapatero.

DOLORES «LA PICAPEA».

SEÑÁ TOÑA.

EL CARTERO.

ZURRAPA.

La escena representa el patio de un corralón; a derecha e izquierda, puertas numeradas; en el fondo, el muro, vestido de enredaderas y campanillas azules, y al pie del muro, un ruinoso arriate, donde margaritas y geráneos lucen sus flores blancas, unas, y carmesíes, las otras; a la entrada, a la izquierda, el brocal carcomido de un pozo, sobre el cual un cubo oscila y gotea, pendiente de una garrucha; el sol inunda el fondo del patio y bañanse en el sol un gato de morisca piel y algunas gallinas que parecen querer hundirse entre la tierra removida; EL TÍO ZANCAJITO el zapatero, delante de la mesilla del trabajo, canturrea con

voz gangosa golpeando a la vez la suela con el achatado martillo.

En el momento de levantarse el telón ábrese una de las puertas de las habitaciones del patio y aparece en el umbral DOLORES «LA PICAPEA», una chavala de arrogantes hechuras, de tez morena, ojos negrísimos y apasionados y rica cabellera que se le revuelve sobre la nuca y la frente en anillados mechones.

Escena única

EL TÍO ZANCAJITO.-

Por la calle abajito
va mi comadre...

DOLORES.- ¿Me quiere usted jacer el favor de dejar ya en paz a su comadre, que es usted más pesao que un grillo?

EL TÍO ZANCAJITO.- Pos dejá, salero, que por darte gusto a ti soy capaz de pasarme la vía en una mazmorra, que por algo eres tú más bonita que er sol y más salá que un salero y güeles más y mejor que un manojo de claveles; como que yo no he encontrao en toíto er mundo más que una gachí que se puea comparar con tu presona.

DOLORES.- Su hija de usted, Pepa, ¿verdá?

EL TÍO ZANCAJITO.- Mi hija Pepa, que es otro sol como tú, con unos sacais que meten mieo. Y si no ya la verás tú y verás tú como es lo que yo te digo.

DOLORES.- Pero ¿es que se va a venir de La Habana su hija Pepa, agüelito?

EL TÍO ZANCAJITO.- ¡Ca! Ella no se viée de allí ni amarrá ar mesana de un navío; pero en su última carta mos decía que mos diba a mandar en la que debe llegar hoy un retrato que se ha jecho mu requetebién vestía, porque has de saber tú que ella tamién es mu pinturera y mu aficioná a meterse er talle en un cintillo y a jechar mu por delante

lo que Dios, su madre y yo le pusimos entre la cintura y la barba.

DOLORES.- ¿Y hace mucho tiempo que está por allí ese fenómeno de hermosura?

EL TÍO ZANCAJITO.- (Suspirando.) Ya va pa catorce meses, que a su madre y a mí mos parecen catorce mil puñalás que mos han pegao. ¡Tengo ya unas ganitas de golver a oír er metal de su voz!

DOLORES.- ¿Y qué se fue a jacer allí esa criatura?

EL TÍO ZANCAJITO.- Pos ella es peinaora, ¿sabes tú? Pero una de las de punta; como que es una gachí que pone un deo en una calva y sale en la calva un tirabuzón de pelo.

DOLORES.- ¡Qué lástima, hombre, que antes de dirse no le hubiera puesto a usté los diez en la suya, que güena farta le están a usté haciendo, agüelito!

EL TÍO ZANCAJITO.- Nunca quise yo que me los pusiera, porque mi calva es un ricuerdo. Yo tenía una melena que parecía mismamente un zarzal, pero una noche me dio un susto un guardacalle y, camará, como si me la hubiera afeitao Relampaguzita el barbero.

DOLORES.- ¿Y se fue sola su hija Pepa a La Habana?

EL TÍO ZANCAJITO.- No, señora, que se fue con la familia del coronel Triviño, una familia mu superior. ¡Más gracioso es el coronel! Es un hombre que le gusta la mar que le jagan cosquillas, y cuando se la jacen, se echa a reír de un mo que viéndolo no hay más remedio que reírse.

DOLORES.- No reventara usté, so guasón. ¡Camará, cómo está usté hoy de chungo y de alegre!

EL TÍO ZANCAJITO.- ¡No he de estarlo, proigio, si estoy esperando al cartero con el retrato de mi niña y esta noche no voy a dormir, pa pasármela toíta entera mirando el retrato!

DOLORES.- ¿Y cómo es que ya no ha tirao de ustedes la Pepilla?

EL TÍO ZANCAJITO.- Pus porque la otra hija, la Rosarillo, no mos quíee dejar de dir, porque como la probetica no tiée tampoco más calor que el nuestro...

DOLORES.- Pero ¿es que ya no le da calor su marío?

EL TÍO ZANCAJITO.- ¡Su marío!... ¡No lo cojiera un miura por charrán que es!... ¡Su marío!... ¿Tú sabes quién es su marío?

DOLORES.- Pos dejuro que lo sé: Joseíto el Jureles.

EL TÍO ZANCAJITO.- ¿Y tú sabes lo que es el Jureles?

DOLORES.- ¡Vaya! Uno de los que pregonan más mejor el pescao.

EL TÍO ZANCAJITO.- Eso sí; lo que es pregonar, pregona como si tuviera en la boca una bandurria, pero es mu malito el gachó, y tiée una sangre que cuando se pincha suerta más negro que un rancho de jibias y otro rancho de calamares.

DOLORES.- ¿Y por qué consintieron ustedes en que se casara con ese mar bagío la Rosarillo?

EL TÍO ZANCAJITO.- Yo no quería. Pero lo que pasa, yo encomencé a decir que no y que no y que no, y ella que sí y que sí y que sí, y se me puso la muchacha que daba lástima verla, y na..., lo que pasa cuando a ustedes sus pica la tarántula del querer y se sus pudren los sentíos...

DOLORES.- ¿Y la Pepa no tiée novio?

EL TÍO ZANCAJITO.- Que yo sepa, no. Mi Pepa es otra cosa, mi Pepa tiée más pesqui que un ministro, y mi Pepa, si se fue, se fue porque la daban ducas de muerte ca vez que mos teníamos que acostar sortando más flato que un fuelle, y como la familia der coronel Triviño no podía arreglarse sin ella, pos se la llevaron y ya allí está buscándose la vía, y gracias a ella, a lo que mus manda, pos vamos tirando, la Rosarillo con sus cuatro chorreles, y mi Toña, y yo. Por cierto que ya mos va queando poco arpiste, y por eso me he alevantao trepanito y le he metío mano a los brodequines del Zurrapa, que ya está rabioso conmigo.

DOLORES.- Y con razón, hombre; si le ha tenío usté tres días corgaos los brodequines en lo más arto de la higuera.

EL TÍO ZANCAJITO.- Y gracias que ha soplao terrá, que si no allí estarían ventilándose. ¡Tú sabes lo que ar Zurrapa le sundelan los pies! No te diré más sino que no encuentra casero que le alquile.

SEÑÁ TOÑA.- (Penetrando jadeante.) Güenos días, Olores... ¡Ay!, qué recansaíta que estoy... ¿Ha llegao ya el cartero?

DOLORES.- Entoavía no, señora.

SEÑÁ TOÑA.- Pos ahora debe venir; le ha dicho a la Tulipa que tiée carta pa nosotros (dirigiéndose a su marido).

EL TÍO ZANCAJITO.- ¡Por vía e Dios! ¿Por qué no se la ha dejao a la Tulipa?

SEÑÁ TOÑA.- Porque él siempre quíee entregarla en propia mano.

EL TÍO ZANCAJITO.- Pos yo voy a ver si me lo trompiezo por ahí.

DOLORES.- Espérese ustedé, hombre, que ya vendrá.

EL TÍO ZANCAJITO.- No pueo, que me está bailando un chotis er corazón. ¡Tengo ya unas ganitas de ver er retrato!

SEÑÁ TOÑA.- Pero si yo ya he buscao a ese esaborío de cartero y no he podío dar con él.

EL TÍO ZANCAJITO.- Habrá dío a llevarle arguna carta a la Generosa, y ya se sabe: como tiée él que leársela a solas en su habitación...

EL CARTERO.- Buenos días. Carta, tío Zancajito.

EL TÍO ZANCAJITO.- Gracias a Dios, hombre, que has llegao.

SEÑÁ TOÑA.- Démela ustedé y tome, tome ustedé el porte.

EL CARTERO.- Hasta otro día... Adiós, Dolores, que ya me has quitao hoy la gana de tomar alimentos con tu carita gitana.

EL TÍO ZANCAJITO.- Oye tú, Toña...

SEÑÁ TOÑA.- Abre ya la carta, hombre, o la abro yo.

DOLORES.- Sí, ábrala ustedé ya, hombre, que tengo yo ya ganitas de ver ese proigio.

EL TÍO ZANCAJITO.- (Con hondo desaliento.) Oye, Toña... ¡No viene el retrato!

SEÑÁ TOÑA.- ¿Que no viene? ¿Dices que no viene?

EL TÍO ZANCAJITO.- No... Lo que víee es una letra.

SEÑÁ TOÑA.- Pero mira bien el sobre.

EL TÍO ZANCAJITO.- (Con honda tristeza.) Na..., lo que te digo..., que... no viene.

DOLORES.- No se lo habrán jecho... Pero ¿qué es eso, agüelito?... ¿Llora ustedé?

EL TÍO ZANCAJITO.- ¿Yo? ¡Ca!... Es que me pican los lagrimales.

SEÑÁ TOÑA.- Vamos, hombre, por Dios, que no es pa tanto... No habrá

podío mandarlo la probetica.

EL TÍO ZANCAJITO.- ¡Dinero!... ¡Dinero!... Bien podía no habernos mandao dinero ninguno.

DOLORES.- ¡Vamos, que no se los dará usted a un ciego, que nunca vienen mal los parneses bien viníos!

EL TÍO ZANCAJITO.- No..., venir mal no vienen, pero entre recibir el parné u recibir el retrato...

ZURRAPA.- (Penetrando descalzo en el patio.) Tío Zancajito, ¿cuándo me va usted a rematar esa compostura, que estoy echando a perder estas botas de cartera?

EL TÍO ZANCAJITO.- (Cogiendo los brodequines con una mano y tapándose con la otra las narices.) Toma y llévatelos y que te los remiende un chato.

ZURRAPA.- Pero...

EL TÍO ZANCAJITO.- Que te los lleves te digo, que no te los compongo.

ZURRAPA.- ¿Pos no me dijo usted que sí, con la condición de pagarle la alhucema que gastara?

EL TÍO ZANCAJITO.- Pos ahora te digo que no y que no.

ZURRAPA.- Por su sal de osté y por la de la señá Toña.

EL TÍO ZANCAJITO.- Que no, te digo.

ZURRAPA.- Por la de su Rosarillo de usted.

EL TÍO ZANCAJITO.- Pero, hombre...

ZURRAPA.- Por la salú de su Pepa.

EL TÍO ZANCAJITO.- ¡Deja ahí esas dos rosas de olor!... ¡Por vía e la Pastora!... Dinero..., siempre dinero... Bien podía haber mandao el retrato, y lo que es entonces sí que no es el tío Zancajito el que te compone a ti esos dos manojitos de azucenas.

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

